

MENTES PELIGROSAS. EL PERFIL CRIMINOLÓGICO,
SIMPLIFICADO

1.

El 16 de noviembre de 1940, los trabajadores del edificio de la Consolidated Edison en la calle Sesenta y cuatro Oeste de Manhattan encontraron una bomba tubular casera sobre una cornisa. Llevaba atada una nota: «Aquí tenéis, delincuentes del Con. Edison». En septiembre de 1941 se encontró una segunda bomba, en la calle Diecinueve, a pocas manzanas de las oficinas centrales de la Con. Edison, cerca de Union Square. La habían dejado en la calle, envuelta en un calcetín. Unos meses más tarde, la policía de Nueva York recibió una carta que prometía «llevar al Con. Edison ante la justicia: pagarán por sus ruines actos». Siguieron otras dieciséis cartas, entre 1941 y 1946, todas escritas con mayúsculas, con mucha repetición de la expresión «ruines actos» y todas firmadas con las iniciales FP. En marzo de 1950, una tercera bomba —mayor y más potente que las anteriores— fue hallada en el nivel subterráneo más bajo de la estación ferroviaria Grand Central Terminal. La siguiente se halló en un teléfono público de la Biblioteca de Nueva York. Explotó, al igual que la colocada en otro teléfono público de la Grand Central. En 1954, el «Terrorista Loco» —como acabó conociéndosele— golpeó cuatro veces, una en el auditorio de Radio City, repartiendo metralla entre el público. En 1955 golpeó seis veces. La ciudad estaba alborotada. Las investigaciones de la policía no llevaban a ninguna parte. A finales de 1956, desesperado, el inspector Howard Finney (del laboratorio criminológico de

la policía neoyorquina) y dos agentes de paisano fueron a ver a un psiquiatra llamado James Brussel.

Brussel era un discípulo de Freud. Vivía en la calle Doce, en el West Village, y fumaba en pipa. En México, al principio de su carrera, había hecho contraespionaje para el FBI. Escribió muchos libros, incluido *Instant Shrink: How to Become an Expert Psychiatrist in Ten Easy Lessons* [Loquero al instante: cómo convertirse en un avezado psiquiatra en diez sencillas lecciones]. Finney puso un montón de documentos sobre el escritorio de Brussel: fotografías de bombas no explosionadas, imágenes de devastación, fotocopias de las nítidas misivas de FP. «No pasé por alto el escepticismo que se leía en los ojos de los dos policías de paisano —escribe Brussel en sus memorias, *Fichero de un psiquiatra criminalista*—. Yo había visto esa mirada antes, sobre todo en el Ejército, en los rostros de los duros oficiales de la vieja escuela, agentes de a pie de calle que estaban seguros de que este asunto de la psiquiatría moderna no era más que una sarta de tonterías».

Se puso a hojear los materiales del caso. Durante dieciséis años, FP se había obsesionado con la idea de que la Con. Ed. le había infligido alguna terrible injusticia. Claramente era un paranoico clínico. Pero la paranoia tarda algún tiempo en desarrollarse. FP llevaba poniendo bombas desde 1940, lo que sugería que había alcanzado la mediana edad. Brussel examinó a fondo la minuciosidad de la letra en las notas de FP. Se trataba de un hombre ordenado, cauteloso; probablemente un trabajador ejemplar. Además, su uso de la lengua sugería cierta educación. Pero había algo de afectado en la elección de los términos y en su formulación. A menudo se refería a la Con. Edison como *el* Con. Edison. ¿Y eso de «cobardes y viles actos»? FP parecía haber nacido en el extranjero. Brussel reexaminó más estrechamente las cartas y notó que todas las letras eran mayúsculas perfectas, excepto las uves dobles, que estaban abombadas y se parecían más a dos úes. A ojos de Brussel, aquellas úes dobles parecían un par

de pechos. Repasó las descripciones de escenarios de crímenes. Cuando FP plantaba sus bombas en cines, rajaba con un cuchillo el forro inferior del asiento y embutía los explosivos entre la tapicería. ¿No parecía esto simbolizar la penetración de una mujer, o la castración de un hombre, quizás ambas cosas? Era probable que FP nunca hubiera progresado más allá de la etapa edípica. Era un soltero, un solitario. Vivía con una figura materna. Brussel dio un paso más: FP era eslavo. Así como el empleo de un garrote habría apuntado a alguien de extracción mediterránea, la combinación de cuchillo y bomba apuntaba más a Europa oriental. Algunas cartas se habían echado a buzones del condado de Westchester, pero era improbable que FP hubiera enviado las cartas desde su ciudad natal. De todos modos, varias ciudades del suroeste de Connecticut tenían una gran población eslava. ¿Y no había que pasar por Westchester para llegar a la ciudad desde Connecticut?

Brussel esperó un momento y luego, en una escena que se ha hecho legendaria entre los que trazan perfiles criminales, hizo una predicción:

—Una cosa más...

Cerré los ojos porque no quería ver su reacción. Visualicé al Terrorista Loco: alguien impecablemente aseado, absolutamente pulcro. Un hombre de los que evitan los estilos de vestir más novedosos hasta que la costumbre largamente establecida los vuelve conservadores. Le vi claramente, mucho más claramente de lo que los hechos establecían sin ningún género de duda. Sabía que me estaba dejando dominar por la imaginación, pero no podía evitarlo.

—Una cosa más —repetí, cerrando los ojos con fuerza—, cuando lo atrapen, y no me cabe duda de que lo atraparán, llevará traje.

—¡Jesús! —susurró uno de los detectives.

—Y lo llevará abrochado —añadí.

Abrí los ojos. Finney y sus hombres no dejaban de mirarse.

—Un traje cruzado —dijo el inspector.

—Sí.

—Abrochado.

—Sí.

Asintió. Sin decir otra palabra, se marcharon.

Un mes más tarde, George Metesky fue detenido por la policía en relación con los atentados con bomba contra la ciudad de Nueva York. Se había cambiado el apellido por el de Milauskas. Vivía en Waterbury (Connecticut), con sus dos hermanas mayores. Estaba soltero. Era extremadamente aseado. Iba a misa con regularidad. Había trabajado para la Con. Edison desde 1929 hasta 1931 y aseguraba haber sufrido una lesión en el trabajo. Cuando abrió la puerta a los policías, les dijo: «Ya sé por qué estáis aquí, chicos. Pensáis que soy el Terrorista Loco». Era medianoche y el Terrorista estaba en pijama. La policía le pidió que se vistiera. Cuando volvió, se había peinado hasta el tupé y llevaba los zapatos recién lustrados. También llevaba un traje cruzado. Abrochado.

2.

En su libro *Inside the Mind of BTK* [En la mente de BTK], el eminente criminalista del FBI John Douglas cuenta la historia de un asesino en serie que acechó las calles de Wichita (Kansas) en los años setenta y ochenta. Douglas inspiró el personaje del agente Jack Crawford en *El silencio de los cordeiros*. Fue el protegido de Howard Teten, pionero del FBI en criminología y decisivo en el establecimiento en 1972 de su Unidad de Ciencia Conductual en Quantico, y que a su vez había sido un protegido de Brussel, lo que en la hermandad de los criminólogos es como que a uno le psicoanalice el psicoanalista al que psicoanalizó Freud. Para Douglas, Brussel era el padre de la criminología y, tanto en el estilo

como en la lógica, *En la mente de BTK* rinde homenaje constante a *Fichero de un psiquiatra criminalista*.

BTK, en sus siglas inglesas, significaba «atar, torturar, matar», los tres verbos usados por el asesino para identificarse en sus notas insultantes a la policía de Wichita. BTK había matado por primera vez en enero de 1974, cuando asesinó en casa de éste a Joseph Otero, de treinta y ocho años, así como a su esposa, Julia, al hijo de ambos, Joey, y a su hija de once años, que fue hallada en el sótano colgando de una tubería con semen sobre una pierna. En abril de aquel mismo año apuñaló a una mujer de veinticuatro años. En marzo de 1977 ató y estranguló a otra joven; y durante los próximos años cometió al menos otros cuatro asesinatos. La ciudad de Wichita estaba conmocionada. Las investigaciones de la policía no llevaban a ninguna parte. En 1984, a la desesperada, dos detectives de policía de Wichita fueron a ver a Douglas a Quantico.

La reunión, escribe Douglas, se celebró en una sala de conferencias de la primera planta del edificio de ciencia forense del FBI. Entonces él llevaba casi un decenio de carrera en la unidad de ciencia conductual. Sus dos primeros *best sellers*, *Mindhunter: Inside the FBI's Elite Serial Crime Unit* [Cazador de mentes: la unidad de élite de criminales en serie del FBI] y *Obsession: The FBI's Legendary Profiler Probes the Psyches of Killers, Rapists, and Stalkers and Their Victims and Tells How to Fight Back* [Obsesión: las prestigiosas investigaciones del FBI de asesinos, violadores y acosadores, sus víctimas, y cómo defenderse], todavía quedaban en el futuro. Trabajando en 150 casos al año, se desplazaba constantemente a lo ancho y largo de Estados Unidos, pero BTK nunca se alejaba de sus pensamientos. «Algunas noches —escribe— no podía dormir, preguntándome: “¿Quién diablos es este BTK? ¿Por qué hace lo que hace? ¿Qué desencadena su conducta?”».

Roy Hazelwood se sentaba al lado de Douglas. Enjuto de carnes y fumador empedernido, Hazelwood se especializa-

ba en crímenes sexuales, y escribió *best sellers* como *Dark Dreams* [Sueños oscuros] y *The Evil That Men Do* [El mal que hacen los hombres]. Al otro lado de Hazelwood se sentaba un ex piloto de la Fuerza Aérea llamado Ron Walker, de quien Douglas escribe: «Era más listo que el hambre» y un «estudioso con una excepcional capacidad de trabajo».

Los tres hombres del FBI y los dos detectives se sentaron alrededor de una gran mesa de roble. «El objetivo de nuestra sesión era seguir avanzando hasta sacarle todo el jugo a lo que teníamos», escribe Douglas. Confiaban en la tipología desarrollada por su colega Robert Ressler, por su parte autor de los *best sellers* sobre crímenes verdaderos *El que lucha con monstruos* y *Dentro del monstruo*. El objetivo era esbozar un retrato del asesino: qué tipo de hombre era BTK, a qué se dedicaba, dónde trabajaba y qué aspecto tenía. Así comienza *En la mente de BTK*.

Hoy día estamos tan familiarizados con las narraciones de crímenes vistas a través de los ojos de un criminólogo que es fácil perder de vista cuán audaz es este género. La novela policiaca tradicional comienza con un cadáver y se centra en la busca del culpable por el detective. Se siguen pistas. Se tiende una red, que se va ensanchando para abarcar a un conjunto desconcertantemente disjunto de sospechosos: el mayordomo, el amante despechado, el sobrino rencoroso, el europeo indolente. El clásico quién-ha-sido. En el género criminológico, la red se va estrechando. El escenario del crimen no inicia la búsqueda del asesino. Lo define. El criminólogo tamiza los materiales de caso, mira más allá de lo obvio y acaba *sabiendo*. «Generalmente, un psiquiatra puede estudiar a un hombre y hacer algunas predicciones razonables sobre lo que éste puede hacer en el futuro: cómo reaccionará a tal estímulo, cómo se comportará ante cual situación —escribe Brussel—. Lo que he hecho es invertir los términos de la profecía. Estudiando los hechos de un hombre, he deducido qué tipo de hombre podría ser». Busquen a un eslavo de mediana edad con tra-

je cruzado. No es un quién-ha-sido, sino un ha-sido-éste; y con arreglo a tal plan, no es el criminólogo quien atrapa al criminal. Eso queda para la policía competente. Él se encarga de organizar una reunión. A menudo no anota sus predicciones. Eso les corresponde a los policías. Tampoco siente la necesidad de implicarse en la investigación subsiguiente ni, de hecho, justificar sus predicciones. Una vez, nos dice Douglas, fue a la comisaría local y ofreció sus servicios para el caso de una anciana ferozmente golpeada y violada. Los detectives asignados a este crimen eran polis de a pie de calle y Douglas era un ratón de oficina, con lo que cabe imaginárselo sentado sobre el borde de su escritorio, con los demás arrastrando sillas a su alrededor.

«—Bien —dije a los detectives—, esto es lo que pienso», comienza Douglas: «Será un adolescente de instituto, de dieciséis o diecisiete años... Estará despeinado, tendrá el pelo desaliñado, sin cepillar». Douglas continuó: es un chico solitario, algo extraño, sin novia, con mucha cólera reprimida. Va a casa de la vieja. Sabe que está sola. Tal vez le haya hecho algún trabajo en el pasado. Sigue Douglas:

Hago una pausa en mi narración y les digo:

—Ahí fuera hay alguien que coincide con esta descripción.

Si lo encuentran, tienen a su hombre.

Los detectives se miran unos a otros. Uno de ellos esboza una sonrisa:

—¿Es usted vidente, Douglas?

—Ojalá —contesto—. Mi trabajo sería mucho más fácil.

—Es que ya hemos traído a una pitonisa, Beverly Newton, estuvo aquí hace un par de semanas y nos dijo tres cuartos de lo mismo.

Podría pensarse que Douglas se picaría por semejante comparación. Después de todo, es agente de la policía judicial y estudió con Teten, que estudió con Brussel. Es un as en lo suyo, forma parte de un equipo que restauró la reputación

del FBI en su lucha contra la delincuencia, inspirando incontables películas, programas de televisión y películas de suspense con gran éxito de ventas; puso las herramientas de la psicología moderna en relación con el salvajismo de la mente criminal... y va un poli y lo llama *vidente*. Pero a Douglas no le ofende en absoluto. Al contrario, le mueve a reflexionar sobre los inefables orígenes de sus perspicacias, momento en el que surge la pregunta de qué es exactamente el misterioso arte de perfilar sospechosos, y si merece alguna credibilidad. Sigue escribiendo Douglas:

Lo que intento hacer con un caso es reunir todas las pruebas que tengo para trabajar [...] y luego me meto, mental y emocionalmente, en la cabeza del criminal. Intento pensar como él.

No estoy seguro de cómo pasa esto exactamente, igual que novelistas como Tom Harris, que me han consultado a lo largo de los años, tampoco pueden decir exactamente cómo cobran vida sus personajes. Si hay un componente de clarividencia, no voy a evitarlo.

3.

A finales de los setenta, John Douglas y su colega del FBI Robert Ressler intentaron entrevistar a los asesinos en serie más desgraciadamente famosos del país. Empezaron en California, porque, como dice Douglas, «en California nunca escasearon crímenes extraños y espectaculares». En los fines de semana y días libres de los meses que siguieron, visitaron una prisión federal tras otra, hasta que hubieron entrevistado a treinta y seis asesinos.

Douglas y Ressler querían saber si había un patrón que relacionara la vida de un asesino y su personalidad con la naturaleza de sus crímenes. Buscaban lo que los psicólogos llaman *homología*, una relación entre el carácter y los actos;

y después de comparar lo que descubrieron de los asesinos con lo que ya sabían de sus asesinatos, estaban convencidos de haber encontrado una.

Los asesinos en serie, concluyeron, entraban en una de dos categorías. Algunos escenarios de crimen muestran pruebas de planificación con arreglo a una lógica. La víctima se selecciona para realizar una fantasía específica. Su caza podría implicar una astucia para engañarla. El autor mantiene el control en todas las partes del crimen. Se toma su tiempo con la víctima, pasando metódico de las fantasías a los hechos. Es adaptable, móvil. Casi nunca abandona su arma en el lugar donde perpetró su asesinato. Oculta meticulosamente el cadáver. Douglas y Ressler, en sus respectivos libros, califican este tipo de crimen como *organizado*.

En un crimen *desorganizado*, la víctima no se escoge de conformidad con una lógica. Aparentemente se elige al azar y se la ataca de improviso, en vez de acecharla y coaccionarla. El asesino podría echar mano de un cuchillo de cocina y dejarlo en el lugar de los hechos. El crimen se ejecuta tan descuidadamente que a menudo la víctima tiene una posibilidad de contraatacar. Podría producirse en circunstancias de riesgo elevado. «Además, un asesino desorganizado no suele conocer la personalidad de sus víctimas ni le interesa —escribe Ressler en *El que lucha con monstruos*—. No quiere saber quiénes son, y muchas veces toma medidas para borrarles las personalidades rápidamente golpeándolas hasta dejarlas inconscientes o cubrirles el rostro, cuando no desfigurándolas».

Cada uno de estos estilos, según esta argumentación, corresponde a un tipo de personalidad. El asesino organizado es inteligente y educado. Se siente superior a los que le rodean. El asesino desorganizado es poco atractivo y tiene una pobre imagen de sí mismo. A menudo padece algún género de discapacidad. Es demasiado raro y huraño para estar casado o tener novia. Si no vive solo, vive con sus pa-

dres. Tiene una tonelada de pornografía en el armario. Si tiene coche, es una carraca.

«Se presume que el escenario de un crimen refleja el comportamiento del asesino y su personalidad del mismo modo en que los muebles de una casa revelan el carácter del propietario», se nos dice en un manual criminológico que Douglas y Ressler contribuyeron a escribir. Cuanto más descubrían, más exactas eran las asociaciones que establecían. Si la víctima era blanca, el asesino sería blanco. Si la víctima era vieja, el asesino sería sexualmente inmaduro.

«En nuestra investigación descubrimos que [...] a menudo los delincuentes en serie no habían tenido éxito en sus esfuerzos por entrar en la policía, aceptando empleos en campos relacionados, como la seguridad privada o la vigilancia nocturna», escribe Douglas. Considerando que a los violadores sistemáticos les obsesionaba el control, tenía sentido que les fascinara la institución social que lo simboliza. De aquella clarividencia nació otra predicción: «Una de las cosas que empezamos a decir en algunos de nuestros perfiles fue que el UNSUB [el sujeto desconocido] conduciría un vehículo parecido a los de la policía, digamos un Ford Crown Victoria o un Chevrolet Caprice».

4.

A primera vista, el sistema del FBI parece extraordinariamente útil. Consideremos un estudio de un caso a menudo usado en la bibliografía especializada. El cadáver de una profesora de educación especial de veintiséis años de edad apareció en la azotea de su edificio de apartamentos del Bronx. Al parecer la habían secuestrado nada más volver ella a su casa del trabajo, a las seis y media de la mañana. La habían golpeado hasta dejarla irreconocible, la ataron con sus propias medias y su cinturón. El asesino mutiló sus órganos sexuales, le cortó los pezones, le mor-

dió todo el cuerpo, le escribió obscenidades en el vientre, se masturbó sobre su cuerpo, defecó junto a él.

Supongamos que somos criminólogos del FBI. Primera pregunta: su raza. La víctima es blanca, luego diremos que el asesino es blanco. Digamos que tiene entre veintitantos y treinta y pocos, que es cuando los treinta y seis hombres de la muestra del FBI empezaron a matar. El crimen, ¿es organizado o desorganizado? Desorganizado, claramente. El cadáver se abandona en una azotea del Bronx, a plena luz, con alto riesgo. ¿Y qué hace el asesino en el edificio a las seis y media de la mañana? Podría ser una especie de militar, o podría vivir en el vecindario. De uno u otro modo, parece familiarizado con el edificio. Sin embargo, es desorganizado, luego no es estable. Si tiene empleo, es obrero a lo sumo. Probablemente tenga antecedentes relacionados con la violencia o el sexo. Sus relaciones con las mujeres serán inexistentes o profundamente complicadas. Y la mutilación y la defecación son tan extrañas que probablemente padezca alguna enfermedad psíquica o abuse de alguna sustancia. ¿Qué tal suena? Porque resulta que da en el clavo. De lleno. El asesino era Carmine Calabro, de treinta años, soltero, en paro, un actor profundamente trastornado que, cuando no estaba en alguna clínica psiquiátrica, vivía con su padre, viudo, en el cuarto piso del edificio donde se produjo el asesinato.

Pero ¿cuán útil es realmente este perfil? La policía ya tenía a Calabro en su lista de sospechosos: si uno busca a la persona que mató y mutiló al cadáver de la azotea, no necesita que un psicólogo le apunte al desaliñado enfermo psíquico que vive en el cuarto piso con su padre.

Por eso los criminólogos del FBI siempre han intentado complementar los contornos básicos del sistema organizado/desorganizado con detalles más reveladores, algo que dirige a la policía de cabeza a un sospechoso. A principios de los años ochenta, Douglas hizo una presentación en una habitación llena de policías y agentes del FBI en el conda-

do de Marin sobre «el Senderista Asesino», que mataba a mujeres de excursión por las montañas del norte de San Francisco. En opinión de Douglas, el asesino era el clásico delincuente desorganizado: atacante de improviso, blanco, treinta y pocos, obrero manual, probablemente «con un historial de orinarse en la cama, provocar incendios y torturar animales». Entonces volvió a sus conductas asociales. ¿Por qué todas las matanzas se producían en el monte? Douglas razonó que el asesino requería tal aislamiento porque tenía alguna tara que le avergonzaba profundamente. ¿Sería algo físico, como la falta de una extremidad? Pero entonces ¿cómo podía adentrarse en el monte y dominar físicamente a sus víctimas? Finalmente, se le ocurrió: «—Otra cosa —añadí después de una pausa llena de significado—: el asesino tendrá un defecto en el habla».

Así era. Eso es lo que se llama un dato útil. ¿O qué? Douglas pasa a decirnos que había fijado la edad del delincuente en la primera treintena, y resultó tener cincuenta. Los detectives usan perfiles para reducir la gama de sospechosos. Esto no sirve para acertar en un detalle específico si los detalles generales son incorrectos.

En el caso de Derrick Todd Lee, el asesino en serie de Baton Rouge, el perfil del FBI describía al delincuente como un varón blanco, trabajador manual, de entre veinticinco y treinta y cinco años, que «quería ser visto como alguien atractivo para las mujeres». El perfil continuaba: «Sin embargo, su nivel de sofisticación en la relación con mujeres, sobre todo las que quedan por debajo de él en la escala social, es bajo. Cualquier contacto que haya tenido con mujeres que él encuentre atractivas sería descrito por estas mujeres como “incómodo”». El FBI tenía razón respecto a que el asesino fuera un varón de cuello azul de entre veinticinco y treinta y cinco. Pero Lee resultó ser un tipo encantador y sociable, de los que se ponen sombrero vaquero y botas de piel de serpiente y van de bares. Era extrovertido, pródigo en novias, con reputación de mujeriego. Y no era blanco. Era negro.

Un perfil no es un examen que aprueba quien acierte la mayoría de las respuestas. Es un retrato, cuyos detalles deben ser todos coherentes de algún modo para que la imagen sirva de algo. El Ministerio del Interior británico analizó 184 crímenes para ver cuántas veces los perfiles conducían a la detención de su autor. El perfil funcionó en cinco de los casos. Esto es sólo el 2,7 por ciento, lo que tiene sentido si se considera la situación del detective que recibe una lista de conjeturas del criminólogo. ¿Se creen la parte del tartamudeo? ¿La de los treinta años? ¿O levantan las manos en señal de frustración?

5.

El estudio criminológico del FBI plantea un problema más profundo: Douglas y Ressler no entrevistaron a una muestra representativa de asesinos en serie para generar su tipología. Se dirigieron a quienquiera que pasase por ahí o cerca. Tampoco entrevistaron a los individuos según un protocolo establecido. Se limitaron a sentarse y charlar, lo que no es un cimiento particularmente firme para un sistema psicológico. Así, cabe preguntarse si los asesinos en serie de verdad pueden clasificarse por su nivel de organización.

Hace poco un grupo de psicólogos de la Universidad de Liverpool decidió comprobar las presunciones del FBI. Primero elaboraron una lista de características que en el escenario de un crimen generalmente se consideraban demostrativas de organización: quizás la víctima estaba viva durante las vejaciones sexuales, o el cadáver estaba dispuesto de un modo determinado, o no se encontraba el arma homicida, ni el cadáver, o se había producido inmovilización, o tortura. Luego hicieron una lista de características de la desorganización: quizás la víctima recibió una paliza, el cadáver se abandonó en un lugar aislado, las pertenencias de la víctima se hallaron dispersas, o se improvisó el arma homicida.

Si el FBI tenía razón, razonaron, los detalles de la escena del crimen para cada una de aquellas dos listas deberían coincidir: si uno ve uno o más rasgos organizados en un crimen, debería haber una probabilidad razonablemente alta de ver otros. Sin embargo, cuando contemplaron una muestra de cien crímenes de asesinos en serie, no encontraron ninguna base para la distinción del FBI. Los crímenes no entran en un campo u otro. Resulta que casi siempre son una mezcla de rasgos organizados clave y una serie arbitraria de rasgos desorganizados. Laurence Alison, uno de los líderes del grupo de Liverpool y autor de *The Forensic Psychologist's Casebook* [El archivo de un psiquiatra forense], me dijo: «Todo esto es mucho más complejo de lo que el FBI se imagina».

Alison y otro de sus colegas también miraban a la homología. Si Douglas tenía razón, entonces cierta clase de crimen debería corresponder a cierta clase de criminal. Así pues, el grupo de Liverpool seleccionó cien violaciones perpetradas en el Reino Unido por un desconocido de la víctima, clasificándolas según veintiocho variables, como si el violador se disfrazaba, si piropeaba a sus víctimas, si las ataba, las amordazaba, si les vendaba los ojos, si se disculpaba, si les robaba, etcétera. Ellos entonces miraron si los patrones de los crímenes se correspondían con los atributos de los criminales, como: la edad, el tipo de empleo, la identidad étnica, el nivel de educación, el estado civil, el número de condenas previas, el motivo, el uso de drogas. Los violadores que ataban, amordazaban y vendaban los ojos ¿se parecían más entre sí que los que, digamos, piropeaban y pedían disculpas? La respuesta es no, rotundamente.

«El hecho es que delincuentes diferentes pueden mostrar los mismos comportamientos por motivos completamente diferentes —explica Brent Turvey, un forense sumamente crítico con el enfoque del FBI—. Tenemos un violador que ataca a una mujer en el parque y le levanta la camisa cubriéndole la cara con ella. ¿Por qué? ¿Qué signifi-

ca esto? Podría significar muchas cosas diferentes: que no quiere verla; que no quiere que ella le vea; que quiere concentrarse en sus pechos; que quiere imaginarse a otra; que quiere inmovilizarle los brazos. Todo es posible. No se puede analizar aisladamente un solo comportamiento».

Hace unos años, Laurence Alison volvió al caso de la profesora asesinada en la azotea de su edificio del Bronx. Quería saber por qué, si el enfoque que el FBI aplicaba al perfilado de criminales estaba basado en una psicología tan simplista, seguía considerándose fidedigna. La respuesta, según sospechó, estaba en el modo en que se elaboraban los perfiles. Cuando desmenuzó, oración por oración, el análisis del asesino de la azotea, encontró que estaba tan colmado de datos improbables en un lenguaje contradictorio y ambiguo que podía apoyar prácticamente cualquier interpretación.

Hace mucho que los astrólogos y videntes conocen estos trucos. El mago Ian Rowland, en su clásico *The Full Facts Book of Cold Reading* [Guía completa de la lectura en frío], los detalla uno por uno, en lo que fácilmente podría servir como manual del criminólogo principiante. Primero está la astucia del arco iris, «afirmación que atribuye al cliente tanto un rasgo de su personalidad como el rasgo opuesto». («En general, usted puede ser un tipo más bien tranquilo, modesto; pero bajo según qué circunstancias, puede ser el alma de la fiesta, si le da por ahí»). La afirmación de Santiago, así llamada en alusión al personaje [de Shakespeare] que en *Como gustéis* pronuncia el discurso sobre las Siete Edades del Hombre, adapta la predicción a la edad del sujeto. A alguien de treinta y muchos o cuarenta y pocos, por ejemplo, el vidente le dirá: «Si es usted sincero consigo mismo, a menudo se pregunta qué pasó con todos aquellos sueños que tenía cuando era joven». Luego está la falacia de Barnum, una aserción tan genérica que nadie se mostraría en desacuerdo con ella; y el hecho borroso, o declaración aparentemente verdadera expresada de tal modo que

«deja mucho que especificar» («Veo una conexión con Europa, posiblemente Gran Bretaña, o podría ser una región más cálida, ¿el Mediterráneo?»); y esto es sólo el principio: luego hay técnicas como la envidia al vecino, la pregunta desviada, la muñeca rusa o los terrones de azúcar, por no hablar de la bifurcación y las conjeturas de probabilidad alta, todas las cuales, expertamente combinadas, pueden convencer hasta al observador más escéptico de hallarse ante la verdadera clarividencia.

«Y pasando al terreno profesional, no trabaja usted con niños, ¿verdad?», pregunta Rowland a sus sujetos, en un ejemplo de la técnica que denomina «negación atenuada».

—¿Con niños? No.

—No, no lo pensaba. No casa con su papel.

Naturalmente, si los sujetos responden de manera diferente, se pretende que la pregunta en negativo era más bien conjetura en positivo: no trabajará usted con niños...

—Pues sí, a tiempo parcial.

—Eso me había parecido.

Después de que Laurence Alison hubo analizado el perfil del asesino de la azotea, decidió jugar a una versión de la lectura de mentes. Ofrecía los datos del crimen, el perfil preparado por el FBI y una descripción del asesino a un grupo de mandos de la policía y forenses ingleses. ¿Qué les parecía el perfil? Sumamente exacto. Entonces Alison dio el mismo paquete de materiales del caso a otro grupo de policías, pero esta vez se inventó a un delincuente imaginario, uno totalmente diferente de Calabro. Este nuevo asesino tenía treinta y siete años. Era alcohólico. Acababan de despedirle de su trabajo y había dado con la víctima en una de sus rondas. Es más, según les aseguró Alison, tenía un historial de relaciones violentas con mujeres y condenas

previas por agresión y robo con allanamiento. ¿Cuán exacto le pareció a un grupo de policías experimentados el perfil del FBI cuando lo cotejaron con el asesino de pega? Exactamente igual de exacto que cuando lo emparejaban con el delincuente verdadero.

Luego en realidad James Brussel no veía al Terrorista Loco en aquel montón de cuadros y fotocopias. Era una ilusión. Como ha indicado el erudito literario Donald Foster en su libro del año 2000 *Author Unknown* [Autor desconocido], Brussel limpió sus predicciones para sus memorias. En realidad dijo a la policía neoyorquina que buscara al Terrorista en White Plains, enviando a su unidad de desactivación de explosivos a buscar gamusinos en el condado de Westchester, a base de cribar los archivos de allí. Brussel también dijo a la policía que buscara a un hombre con una cicatriz facial que Metesky no tenía. Les dijo que buscaran a un hombre con un trabajo nocturno, y Metesky había estado mayormente en paro desde dejar la Con. Edison en 1931. Les dijo que buscaran a alguien entre los cuarenta y los cincuenta, y Metesky tenía más de cincuenta. Les dijo que buscaran a algún «experto en artillería civil o militar» y lo más que Metesky se acercaba a esto era un breve empleo en un taller de máquinas. Y Brussel, a pesar de lo que escribió en sus memorias, nunca dijo que el Terrorista fuera eslavo. En realidad le dijo a la policía que buscara a un hombre «culto y nacido en Alemania», una predicción tan errada que hasta el Terrorista se vio obligado a protestar. En plena investigación policial, cuando el *Journal American* de Nueva York se ofreció a imprimir cualquier comunicación del Terrorista Loco, Metesky escribió malhumorado para puntualizar: «Lo más cerca que estoy de ser “teutónico” es que mi padre se embarcó en Hamburgo para venir a este país... hace unos sesenta y cinco años».

La verdadera heroína del caso, en vez de Brussel, fue una mujer llamada Alice Kelly. Le habían encargado que examinara los archivos del personal de Edison. En enero de 1957 encontró una queja de un empleado que databa

de principios de los años treinta: el limpiador del generador había sido derribado por una corriente de gases calientes en la planta de Hell Gate. El trabajador dijo que se había herido. La empresa dijo que no era así. Y en la marea de cartas airadas del antiguo empleado, Kelly descubrió una amenaza —«tomarme la justicia por mi mano»— que había aparecido en una de las cartas del Terrorista Loco. El nombre del ex empleado era George Metesky.

En realidad Brussel no había entendido la mente del Terrorista Loco. Sólo parece haber entendido que, si uno hace un gran número de predicciones, las que resultaron equivocadas caerán pronto en el olvido, y las que resulten correctas le harán famoso. El ha-sido-éste no es un triunfo del análisis forense. Es un truco de salón.

6.

«Hasta aquí es adonde he llegado con este tipo», dice Douglas al abrir la sesión de perfilado con la que comienza *En la mente de BTK*. Era 1984. El asesino seguía suelto. Douglas, Hazelwood, Walker y los dos detectives de Wichita estaban sentados alrededor de la mesa de roble. Douglas se quitó la americana y la colgó del respaldo de su silla. «Cuando comenzó en 1974, tenía veintipocos años —comenzó Douglas—. Han pasado diez años, lo que lo convierte en alguien bien entrado en la treintena».

Le tocaba a Walker: BTK nunca había realizado una penetración sexual. Esto le sugería a alguien «con un historial de inadecuación e inmadurez sexual». Su personalidad sería «del tipo lobo solitario. Pero no está solo porque los demás le eviten —continuó—, sino porque así lo decide... Sabe desenvolverse en sociedad, pero sólo superficialmente. Puede que tenga amistades femeninas a las que dirigirse, pero se sentiría muy incómodo con una hembra de su pandilla». El siguiente era Hazelwood: BTK sería un «mas-

turbador compulsivo». Y continuó: «Las mujeres que han tenido relaciones sexuales con este tipo lo describirían como alguien distante, desvinculado, más interesado en que le sirvan que viceversa».

Douglas siguió en esa línea: «Las mujeres con las que ha estado son muchos años más jóvenes, muy ingenuas; o mucho más viejas y dependen de él como fuente de ingresos», aventuró. Es más, decidieron los criminólogos, BTK conduciría un coche «decente» pero «indescriptible».

En este punto, las visiones empezaron a amontonarse. Douglas dijo que le había parecido que BTK estaría casado. Pero ahora pensaba que tal vez estuviera divorciado. Especuló con que BTK fuera de clase media-baja, probablemente viviera de alquiler. Walker lo veía como «un oficinista de bajo rango, más que un trabajador manual». A Hazelwood le parecía «de clase media» y «culto». Respecto a su cociente intelectual, el acuerdo era unánime: estaba entre 105 y 145. Douglas se preguntaba si tendría relación con el estamento militar. Para Hazelwood, era «el señor Ahora», una persona que necesitaba «satisfacción inmediata». Walker dijo que los que lo conocieran «podrían decir que lo recordaban, aunque en realidad no sabían gran cosa sobre él». Entonces Douglas tuvo un destello de inspiración, una clarividencia: «No me extrañaría que tuviera algún trabajo de los de llevar uniforme... Loco no está. Pero es malo como él solo».

Llevaban así casi seis horas. Las mejores mentes del FBI habían facilitado un perfil a los detectives de Wichita para ayudarles en su investigación: busquen a un varón estadounidense con una posible conexión con los militares y un cociente intelectual superior a 105. Le gusta masturbarse y se muestra distante y egoísta en la cama. Tiene un coche decente. Es una persona del tipo «lo quiero ahora». No se siente cómodo con las mujeres, aunque puede que tenga amistades femeninas. Es un lobo solitario, pero con capacidades sociales. No será fácil de olvidar. Pero será difícil de conocer. Será soltero o divorciado; pero de estar casado,

su esposa será más joven o más vieja. Puede que viva de alquiler o puede que no; y podría ser de clase baja, clase baja media, clase media baja o clase media. Y más que estar loco, es malo como él solo. Según mi recuento, eso es una afirmación de Santiago, dos declaraciones de Barnum, cuatro astucias arco iris, una conjetura de alta probabilidad, dos predicciones que de hecho no lo son, pues no se pueden verificar, y nada remotamente cercano al hecho sobresaliente de que BTK era un pilar de su comunidad, presidente de su congregación, esposo y padre.

«Esto tiene solución —dijo Douglas a los detectives mientras se levantaba y se ponía la chaqueta—. No duden en darnos un telefonazo si podemos servirles de ayuda». Y uno se lo imagina tomándose un momento para ofrecer una sonrisa alentadora y una palmada en la espalda: «A éste lo cogéis fijo»*.

12 de noviembre de 2007

* No mucho después de que saliera este artículo, debatí con John Douglas en la NPR. Esperaba que tuviese una especie de respuesta bien pensada a las críticas de Alison y sus colegas. Pero enseguida se evidenció que no tenía ni idea de quiénes eran Alison ni ninguno de los demás detractores académicos del perfilado criminológico.